

La discordia en Laura Klein

María Moreno

La Capital, Mar del Plata, domingo 6 de octubre de 1996.

El protocolo del pusilánime dicta, en caso de urgencia, aferrarse a la autoridad. Es que luego de leer *Vida interior de la discordia*, y entusiasmada con su elogio, comprobé que no sabía qué decir. Entonces me lancé a la búsqueda entre esos amagos de robo que constituyen los subrayados en los libros. Fue así que me encontré con esta cita de Roland Barthes, tan precisa en definir lo que me faltaba que, si él no hubiera muerto, diría que ha estado leyendo a Laura Klein. Dice así: “Un fragmento de lenguaje infinito que no cuenta nada pero donde algo inaudito y tenebroso pasa”. Todo alivio es precario y otra clase de protocolos, en este caso el de la amistad, dicta que la presentación de un libro, aún a dos voces, no podría consistir en una simple apropiación. Busqué entonces aferrarme al sonsonete del significante. Imaginé mofarme del “Klein” aludiendo a Melanie y su cazuela de objetos, más o menos amenazante. De un “Laura” capaz de evocar a aquella cuyo perímetro era para Petrarca como un mneuma mullido en torno a un alma bella porque inorgánica y que ahora se vengara exhibiendo algo así como una fenomenología del desecho humano. Pero para hacerse el gracioso hace falta estar bien parado, gozar de la prestancia del entendido. Porque lo cierto es que lo único que se me ocurrió al leer *Vida interior de la discordia* es una palabra: “abyección”, palabra a

la que Kristeva –que, entre paréntesis, no me ayudó gran cosa en el intento de soplarle algunos tropos- llevó muy lejos, pero que en mí era casi una interjección del lector arrojado fuera, expulsado, inhibido en la siempre explotada asociación libre. Situación paradójica, ya que teniendo entre mis manos algo digno de elogio –sobre la abyección y nada abyecto-, carecía de los medios para hacerlo. Probé leerlo una y otra vez. Era riguroso como si para dar cuenta de lo inhumano fuera necesario un dominio eximio del artificio. Sonaba a música de cámara, aunque la palabra “cámara” evocara también la de tormentos. La lengua o lo que el texto mismo llama “conato de lengua” era porosa para la expresión arcaica, lunfarda o perteneciente a un manual de traumatología, pero sin arriesgar su integridad. Por último consentí en un conato de lectura: lo abyecto aquí no alude a la impureza sino a una posición animal, menos como pasado mitológico del sujeto antes del bautismo simbólico, que como reducción a manos de una fuerza que lo ha violentado. En *Vida interior de la discordia* se describe un cuerpo como inadecuación anatómica a un espacio indiferenciado, donde la ortopedia actúa en sentido opuesto al de inscribir los signos de humanidad: cuerpo que se debate y retuerce en un movimiento no por estéril menos doloroso en la separación del espacio propio y las limitaciones motrices de su naturaleza. La discordia a veces se enuncia con los términos de la enfermedad ósea (“escolio”, “ectópico”), otras ironiza sobre el inútil movimiento de fuga (“y estando / el coxis a la altura / bien tuvo su valentía / adormecerse en la primera ladera”; “se trata / de apoyar la tibia / en toda su desapareja extensión / cada pulgada retiene un nivel de barro”; “adherirse bajo presión / pero sin saliva / el vello: la baldosa”; “las pupilas reptan / hacia el reposo”). La celda de castigo donde un prisionero impedido de tomar la posición de descanso es todavía humana puesto que se le permite mantener su arrogancia -en este caso trágica- de bípedo y no el oxímoron kleiniano: “ligamentos rotos de conformidad”.

Esta discordia formal puede seguirse en el texto entre las redondas y las cursivas que remedan la presencia de un corifeo que acompaña, interrumpe o sale al paso para ironizar (“igual le surten”), poner en relieve (“torpes carnales: decoitados”) o dar explicaciones (“mas fuera todo se desquicia”) pero cuyos enunciados no son necesariamente antagónicos al cuerpo del poema (“condenada suerte: cavilar / y ladear la cabeza”, “cómo se adentra el linimento en los fluidos ya es cuestión de daño mayor”, “no hay jinete ni lomo desbocado: ni cientos águilas / ni acaso pértigas violadas ni aprisa abrocharse / tampoco puñados de tierra en la cara”).

Vida interior de la discordia puede leerse como un despliegue de barroco carcelario al igual que *Quien mató a Rosendo* como un policial. O la saga de una subespecie de las cloacas fantásticas como los tadeys lamborghinianos, esos supliciados bajo el imperio último del déspota Mato y Me Río. ¿O es que ellos también admitirían una lectura en clave histórica?

Persuadida de que para el abordaje de algo tenebroso e inaudito existe en última instancia, a riesgo de naufragar una y otra vez en el desplome del sentido, el comodín de la cronología, fui en pos de *A mano alzada*, el penúltimo libro de Laura Klein. En caso de fracasar ganaría unas líneas más, extendiéndome en la cita, o al menos daría la ilusión de haber trabajado, generando si no la aprobación, la indulgencia. Pero encontré algo más: en el último poema, si bien no claves, huellas anunciadoras del continuum. Allí aparecía por primera vez fuera del acápite esa voz en cursiva, ni antagónica ni inquisidora, y su insistente imperativo. Pero también un párrafo final, punto de partida de un enunciado que en *Vida interior de la discordia* registra diversas transformaciones. Dice así: “la punta del golpe de bala no está vacía / treinta mil la vieron en sus gargantas hincada / treinta mil la vida dejando a tajos galoparon / contra la boca del mundo a mano alzada se clavan”).

En *Vida interior de la discordia* el número preciso “treinta mil” – cálculo histórico, intención testimonial del texto en clave local- se muta en arrogancia de la consigna “rendidos somos más”. Ya no hay un objeto hincado en la garganta, la punta del golpe de bala, son ellos los hincados. Tampoco épica donde “la vida dejando a tajos galoparon” porque “no hay jinete ni lomo desbocado: ni cientos águilas”. La mano alzada sugiere una votación aun en un partido de las sombras cuya presencia es sin embargo tangible en una dimensión simbólica en “la boca del mundo”. *Vida interior de la discordia* es menos reivindicativo pero más radical: “gloria para una ofensa: enmienda no hay / puesta la raya en el curvo mundo / miente / noche por niebla”.

En *A mano alzada* se devela quién pronuncia el imperativo –“vaya el vulgo a creer tragedias / escarnios y desmanes / cual si fuese la vida una luz grande / o un sonar de cuerpos en tocarse / rece y grite y vuelva con el morral vacío / en paz descansen”. Se trata de “hombres como ratas”. En *Vida interior de la discordia* es a través de ese imperativo –allí la ironía se fusiona a una suerte de recetario del encubrimiento- donde las dos voces, diferenciadas por la gráfica, se unifican: “que figure una avalancha : detrás de la golpiza / simplemente : tacos cariñosos en la trompa / y no la biaba”; “refiérase despacio y tono tibio a poco fuera de la silla o taburete con verbos delicados, que no falle, que se engañe, que le pisen”. Ya no se habla de los otros, de los hombres como ratas: esa sería la vida interior.

Se sospecha que de tener razón no nace de por sí una táctica. La ofensa sería ese gesto de soberanía donde no basta la enmienda, el juicio ni la separación entre mundos –la inocencia de la culpa. La denuncia ritual de la cifra se sustituye por la amenaza de que vencidos somos más, introduciendo en el totalitarismo de la transparencia –en un deseo de resimbolización donde el arte sería un arma privilegiada- la perpetua emboscadura de algo tenebroso e inaudito.

